

## La ciudad en la obra de Quevedo y Zubieta

—  
Claudia Chantaca

Universidad de Ulsan – Corea del Sur  
Université Paris-Sorbonne

De acuerdo con Roland Barthes, en nuestro andar por la vida el encuentro con los objetos siempre suscita la lectura. Particularmente, cuando vamos por la calle, un vestido, un automóvil, una imagen publicitaria y hasta un gesto nos lleva a leer; en este caso, la lectura es el acto intencionado de la mirada que consiste en develar la red de significaciones inherente al lugar que ocupan estos objetos en el espacio, es decir, interpretar su función discursiva. Desde el punto de vista antropológico-semiótico los asentamientos urbanos se generan en la síntesis espacial de todos los discursos; según Lévi-Strauss comportan “la cosa humana por excelencia”<sup>1</sup> al ser producto de la deliberada intervención del hombre sobre la naturaleza. La ciudad comparte el estatuto de artificio con la sinfonía y el poema si bien persiste en ella una especie de nostalgia de lo natural manifiesta en la absorción y el replanteamiento de lo salvaje mediante reservas, jardines y parques.

En este marco, afirmar que el hombre de las ciudades “pasa su tiempo le-

yendo”<sup>2</sup>, demanda una serie de precisiones en torno a las prácticas de lectura y su asociación a las diferentes actuaciones dentro de la urbe; para seguir glosando a Barthes, el sujeto ciudadano lee, “ante todo imágenes, gestos y comportamientos: este automóvil me comunica el status social de su propietario, esta indumentaria me dice con exactitud la dosis de conformismo”<sup>3</sup>, etc., por lo que se coloca a una distancia de analista respecto a lo observado/leído y entonces el espacio deviene texto. Si, por el contrario, lo percibido es fuente de afectación para el lector mismo, la ciudad se vuelve escenario y símbolo.

Los saberes del urbanismo, la geografía, la historia, la sociología e incluso la arqueología se condensan en la *mathesis* literaria para modelar las representaciones de lo urbano. Se sabe que, desde la visión de Borges y Sábato podemos conocer Buenos Aires o, bien, a través de *La región más transparente*, de Carlos Fuentes, asistir a la pintura de México cuatro décadas después de la Revolución. Sin embargo, esta facultad efrástica de la narración quizá pueda moldear también a ese otro saber, aun sin delimitar según Barthes, el conocimiento que proviene de la vivencia lectora de la ciudad: una erótica de lo urbano.

\*\*\*

Nuestro trabajo recupera la descripción de lo urbano en los libros de memorias de Salvador Quevedo y Zubieta, *Recuerdos de un emigrado* y *Un año en Londres* a fin de

---

<sup>1</sup> CLAUDE LEVI-STRAUSS, *Tristes trópicos*, 2006, 122.

<sup>2</sup> ROLAND BARTHES, *La cocina del sentido*, 1993, 223.

<sup>3</sup> ROLAND BARTHES, 1993, 223.

reflexionar sobre la relación entre lengua y memoria, como mecanismo de apropiación inherente al discurso de los exiliados.

### *La ciudad y los tipos sociales*

Suele considerarse a Quevedo y Zubieta un "narrador del Porfiriato cuya obra de ficción se desarrolló con posterioridad a 1911"<sup>4</sup>, no obstante, se tiene noticia de sus primeros relatos bajo los seudónimos de Arturo, Filintos y Triboulet en revistas tales como *La Alianza Literaria* (1875-1876) y *El Republicano* (1879).<sup>5</sup> Abogado, médico y periodista, participó en varias polémicas políticas y literarias de su época fiel a su convicción sobre una suerte de responsabilidad y misión de los poetas de cara a la situación social de su tiempo. Así consta en su prólogo a *Huerta: drama en cinco actos* (1916) y en el libro *Manuel González y su gobierno en México: anticipo a la historia* (1885), del que afirma estar resuelto a publicar a pesar de "los ataques materiales y morales de los que sería víctima", pues lo más importante es la utilidad del libro para su país.<sup>6</sup>

La obra *Manuel González* reúne algunos de los artículos aparecidos en *El lunes*, un semanario de oposición cuya mordaz crítica llevó a Quevedo y Zubieta a exiliar-

se en 1882 primero en Madrid, después en Londres y por último en París. De esta época datan *Recuerdos de un emigrado* (1883) y *Un año en Londres: notas al vuelo* (1885). Ambas obras poseen carácter testimonial, si bien su estructura es transgénica al ser una mezcla de crónica, ensayo y relato. Sin lugar a dudas, tanto el desarrollo de la anécdota como los temas abordados se ven influidos por su experiencia de sujeto migrante; no viene en gratuidad que la exploración filológica, rasgo distintivo de su producción literaria, aparezca por primera vez en estos textos a modo de metodología para delimitar las imágenes de la mexicanidad.

Desde su circunstancia de extranjería, la escritura de la Historia parece ser un procedimiento de reapropiación de la patria y experimentar pertenencia, por lo cual, en sus memorias, la narración de su situación personal lo ocupa apenas un instante y más bien es móvil para reflexionar sobre las vías a través de las cuales el habla de los mexicanos ha interpretado y absorbido los cambios sociales desde los orígenes de la nación. Se diría que, en la etapa de exilio, el autor asume que la lengua es el lazo más fuerte con su país de origen, por ser el medio a través del cual puede evocar el contexto ausente, vivirlo como símbolo. Esta manera de construir el discurso expone la vivencia de la fragmentación en el sujeto migrante, quien es un *otro* ajeno al nuevo contexto que no autentica su ser, más bien lo constriñe volviéndolo competente en las fórmulas para sortear la vida diaria, pero tampoco puede afirmarse en su individualidad

<sup>4</sup> JAIME MARTÍNEZ MARTÍN, *Una visión tragicómica de la Revolución*, 2011, 106.

<sup>5</sup> CARMEN VIDAURRE, *Las propuestas narrativas de Salvador Quevedo y Zubieta*, 2014, 16.

<sup>6</sup> Cf. SALVADOR QUEVEDO Y ZUBIETA, *Manuel González y su gobierno en México*, 1885, XVI.

pues ésta sólo existe si se funde en los rasgos de una identidad colectiva.

El autor de este libro ha pensado y hablado así, en el recogimiento de su situación de extranjero en medio de una inmensa ciudad de lengua y costumbres tan diferentes de las suyas; pero impórtale añadir que al escribir, siempre ha tenido en torno de él un círculo ideal de lectores compuesto de los hombres de su idioma y su raza. Para ellos piensa, con ellos habla, con sus parientes del Mediodía, sus hermanos del trópico, con todos los que piensan con él bajo los mismos puntos de vista y hablan con él esta hermosa lengua española tan decaída y despreciada hoy en el mundo, pero por la cual tenemos que luchar, y nuestra mejor lucha se hará demostrando a los otros pueblos disímbolos al nuestro que por ella, mal o bien, los analizamos, por ella los traemos a la observación popular y por ella afirmamos nuestra presencia en el gran cuadro de la vida. Con ellos habla, no como un maestro que trata de enseñarles algo nuevo ni iniciarles en oculta ciencia, sino como un hombre que vuelve a su patria de largo viaje y cuenta a sus amigos y compatriotas lo que ha sentido y lo que ha visto allá, en una especie de mundo aparte, en la metrópoli de una raza prepotente que despierta nuestra rivalidad, pero a la cual debiéramos aproximarnos más y tratar mejor de comprenderla, aunque no sea sino para cooperar a que el funesto CHAUVINISME, la reclusión egoísta de los países que apenas conocen algo de sí mismos y nada de los demás, no siga oponiéndose a que los hombres entren a ser ciudadanos de la patria universal.<sup>7</sup>

A pesar de reprobar los procesos de aculturación característicos del colonialismo inglés (también en *Recuerdos de un emigrado*, opone los mecanismos de absorción cultural de españoles e ingleses en América), admira el progreso y avance tecnológico en las ciudades anglosajonas, elemento que determina la constitución de su pueblo. A propósito de la organización de los transportes al interior de Londres, en su ensayo *Locomoción*, el autor identifica dos rasgos típicos de los londinenses: por un lado, se trata de seres alienados como "un obrero múltiple y anónimo, compuesto de empresarios y accionistas, de ingenieros y peones"<sup>8</sup> unidos por el fin común de vincular a toda la urbe; por el otro, su iniciativa de conectar el núcleo citadino con los suburbios es prueba de un afán descentralizador que logra diseminar la "urbanidad" en espacios no urbanos. Así, la cultura no se concentra/aísla en un solo núcleo, diseña mecanismos de expansión ya sea para proveer "comodidades estéticas" conduciendo a los foráneos hacia las distracciones y placeres ofertados por la ciudad, o para ampliar la vida productiva al hacer de las ciudades focos laborales no habitables.

De acuerdo con Jaime Salcedo S., "a diferencia de las ciudades europeas que crecieron y se transformaron a golpes de arquitectura, las ciudades americanas fueron idea de ciudad que con el tiempo — a veces después de mucho tiempo— llegaron a ser arquitectura"<sup>8</sup>, por ello no es raro que el crecimiento "tentacular" de

<sup>7</sup> SALVADOR QUEVEDO Y ZUBIETA, *Un año en Londres*, 1885, VIII-IX.

<sup>8</sup> JAIME SALCEDO SALCEDO citado por CECILIA CASTRO LEE, *En torno a la violencia en Colombia*, 2005, 83.

Londres maravilla a Quevedo y Zubieta. Por contraste con los ferrocarriles mexicanos, en la ciudad anglosajona la avanzada en las comunicaciones supone progreso, pero también un constructo estético:

Aquella línea que ciñe a Londres, serpenteando por las últimas casas donde la ciudad se desvanece y empieza el campo, con las otras dos sensiblemente paralelas que circuyen la City, todas concéntricas y tendiendo a la elipse con como órbitas planetarias, aquellas otras que se desvían hacia uno y otro lado del Támesis reconociendo por centro cuarteles secundarios, son órbitas de satélites y aquellas otras mal determinadas que van convergiendo algunas veces desviándose otras en múltiples direcciones, parecen indicar los caminos misteriosos por donde se mueven astros errantes.

Cuando la noche llega, todo aquel sistema de órbitas se constela; es que se han encendido los reverberos y linternillas de las locomotoras, y entonces a todas sus luces, azules, rojas ó blancas, según el color de los cristales, se las ve marchar como astritos de un cielo sublunar.<sup>9</sup>

La comparación entre las vías férreas y las órbitas planetarias para explicar la belleza de la organización londinense parece evocar un ideal de armonía clásico, ya que la sincronía entre múltiples componentes cuyos sentidos (direcciones) son distintos requiere un minucioso cálculo previo y una ejecución estricta. La coordinación entre lo aparentemente arbitrario es vista como una hazaña, un acto colectivo virtuoso equiparable a lo que, en la tradición cultural de occidente, tiene con-

notaciones divinas: el cosmos, entendido por su etimología de orden. De este modo, los cambios traídos por la locomoción dotan de belleza a las ciudades europeas, belleza perceptible sólo desde un posicionamiento externo (el sujeto alienado que habita en la cotidianidad del transporte no logra aprehenderla) con lo cual su reflexión sobre los transportes se convierte en la expresión de su discurso extranjero ante el contexto anfitrión. El deseo de disociarse y mirar "desde arriba" para comprender el diseño de la ciudad europea es metáfora del extrañamiento propio del exilio:

¡Qué bella debe ser esta gran ciudad en movimiento, contemplada así, desde el punto de vista de los pájaros! Desde abajo, mezclado en el tumulto que lo rodea y que lo empuja, el observador no puede experimentar otra sensación que la del aturdimiento. Aun el viejo londonense, cuya vida toda se ha agitado dentro de este Océano de calles, no se da cuenta exacta del eterno ir y venir de trenes que trepidan bajo sus pies o zumban sobre su cabeza, y cuando llega a ciertas estaciones se le ve, confundido, trastabillar de aquí para allá...<sup>10</sup>

Por otro lado, no sólo se erige observador de la arquitectura citadina, en el ensayo *Londres de noche* sino que también se elabora una clasificación de los ingleses a partir de sus comportamientos en áreas públicas. El autor contrasta los saberes adquiridos en sus viajes a través de otras ciudades europeas e intenta una tipología de los londinenses según su función en los lugares emblemáticos: en pri-

<sup>9</sup> CECILIA CASTRO LEE, *En torno a la violencia en Colombia*, 2005, 5-6.

<sup>10</sup> CASTRO LEE, 2005, 4.

mera instancia, establece la gama de sitios donde se congregan acorde a su clase socioeconómica, desde el *club* y los *restaurants-buvettes* hasta "las tabernuchas de los barrios miserables", pues, en su opinión, si en una ciudad es patente la miseria, es en Londres<sup>11</sup>; posteriormente, realiza un catálogo, de los tipos sociales al interior de la taberna inglesa. Así describe al hombre mascullando su pipa, la mujer reclinada contra el mostrador "mirando estúpidamente, sin ver nada", el *esquire* que juega los naipes y bien puede ser obrero o bien empleado de la City y la *barmaid*, quien sonríe a la gente y perfuma el local pese a que no se compare, en opinión del autor, a las "beldades de la *brasserie* de París". Cada uno de los tipos lleva su bebida siempre en la mano (la mujer lleva un *gin*) y la *barmaid* se encarga de suministrarla.<sup>12</sup>

El ideal etnocéntrico obrero es ostensible también en los asientos de sus bares, en oposición a los transeúntes franceses dispuestos a ocupar sillas y mesas, los ingleses prefieren "sentarse a medias en un taburete" o quedarse de pie como si tuviesen un apremio, sin detenerse mucho en el goce de pasar el tiempo. En particular, el código de vestido contribuye a preservar la jerarquía de los actores en estos centros, "microcosmos" reflejo de los mecanismos de segregación urbanos, cuyo diseño cuenta con un "pequeño tabique de madera levantado entre dos puertas, en una de las cuales dice *public* y en la otra *private*".<sup>13</sup> El ingreso a una u otra sec-

ción está determinado por el uso de "un traje *respectable*" para los hombres o una "bonetita reluciente sujeta por las bridas de raso anudadas bajo el cuello"<sup>14</sup> para las mujeres. Cabe destacar que el autor identifica cierta "espontaneidad" en la interpretación de los signos del vestido dado que no corresponde a nadie, ni siquiera al tabernero, asignar a las personas su posición dentro del establecimiento, ello se sabe y no se violenta.

La endeble situación del muro divisor evidencia su carácter simbólico ante los londinenses quienes asumen su estrato en el espacio social con naturalidad.<sup>15</sup> Siguiendo al autor, la intuición estratificada de los londinenses, manifiesta incluso en las horas de esparcimiento, es un reflejo de la morfología del espacio. Tales especulaciones hacen eco de sus lecturas de Taine y Herder, cuya reflexión de sociología literaria basa sus postulados en el entendimiento de que los productos culturales reciben un notable influjo del entorno. Raza, medio y momento contribuyen a la disposición moral del hombre, es decir, son directrices en su sistema de acciones: "Cuando se ha reconocido así la complejidad interior de una raza, hay que considerar el medio en que vive —dice Taine—, porque el hombre no está solo en el mundo, sino que le envuelve la naturaleza y le rodean los otros hombres."<sup>16</sup> Por consiguiente, el trazo poblacional uniforme, síntoma del pensamiento proleta-

<sup>11</sup> Cf. QUEVEDO Y ZUBIETA, 1885, 33-49.

<sup>12</sup> Cf. QUEVEDO Y ZUBIETA, 1885, 73-77.

<sup>13</sup> Cf. QUEVEDO Y ZUBIETA, 1885, 73-77.

<sup>14</sup> QUEVEDO Y ZUBIETA, 1885, 73-77.

<sup>15</sup> QUEVEDO Y ZUBIETA, 1885, 73-77.

<sup>16</sup> HIPÓLITO TAINE, *Historia de la literatura inglesa*, 1900, 22-23.

rio, no puede sino generar disciplina en los habitantes:

El transeúnte pedestre por las calles de Londres o el que pasee en los ferrocarriles urbanos por sobre los tejados, puede distinguir largas hileras de casas, todas iguales como alveolos de abeja, revelando que un pensamiento de unidad y una acción común han presidido a su construcción. Algunas con su jardincito al frente, casi todas con su *kitchen-garden* o *poultry-yard* a la espalda, sus fachadas sencillas, pero acusando solidez y corrección, ni un ladrillo carcomido, ni una pizarra desengajada, ni una fractura en las ventanas, nada que turbe la simetría severa que es la única elegancia exterior del hogar inglés.<sup>17</sup>

Si en *Un año en Londres* Quevedo y Zubieta es observador de la sociedad en su calidad de agente externo, en *Recuerdos de un emigrado* su encuentro con la cultura española motiva la descripción de su patria. En el prólogo, Emilio Castelar comenta que el valor del patetismo en la escritura de Zubieta es medio para mover a los lectores, lo que acerca sus memorias a la ficción y lo exime del carácter de documento. Para el autor gaditano, si bien estas memorias carecen de "la bella perspectiva" derivada del alejamiento temporal, la vehemencia de su estilo logra plasmar las escenas casi en "tiempo real": "siéntense las congojas de la desesperación mezcladas con los anhelos de la incertidumbre á cada instante, como si el autor escribiese los sucesos al mismo tiempo que iban ocurriendo, y pasase su alma por las

mismas fases que atraviesan los hechos en el momento de suceder".<sup>18</sup>

La memoria, ese ojo del alma que ve hacia el pasado, ha sido mi principal factor en la formación de esas páginas[...] Si antes hubiera escrito, quizá no hubiera podido evitar que mis recuerdos de la patria se acibarasen en la fuente de amargas impresiones recientes; pero escribí entonces, cuando llegado a esta España, que evoca tantas memorias de México cuantas del ausente hijo excita una madre, sentí gritar en mí la voz de la tierra llamándome a estudiar las virtudes y bellezas que en ella campean[...] deo otros detalles en su incorrección, pecados de forma, verdaderos deslizamientos de mi lengua nativa en medio de esta lengua de Cervantes y de Castelar que tan pura y tersamente se habla en Castilla[...] porque prefiero explotar humildes elementos y formas, tan propios de la literatura de mi país, como lo son de su naturaleza los magueyes y los mezquites, a lanzarme a la heredad ajena en busca de los rastrojos que pueda hurtar, como lo hacen en la América latina muchos extraviados, que cifran todas sus faenas y glorias literarias en rapsodias e imitaciones de los periódicos y libros franceses.<sup>19</sup>

Al cambiar de lector ideal se modifica también la perspectiva del exiliado, de modo que, en *Un año en Londres* el deseo del escritor era transmitir a los hispanohablantes sus impresiones sobre una ciudad extraña mientras que en *Recuerdos de un emigrado*, dirige a los europeos fragmentos de su patria y el ejercicio le per-

<sup>17</sup> QUEVEDO Y ZUBIETA, 1885, 57.

<sup>18</sup> EMILIO CASTELAR, "Prólogo" a *Recuerdos de un emigrado* de Salvador Quevedo y Zubieta, 1888, XVIII.

<sup>19</sup> SALVADOR QUEVEDO Y ZUBIETA, *Recuerdos de un emigrado*, 1888, 2-5.

mite reconstruirse a sí mismo mediante la memoria. No podemos pasar por alto el desajuste entre estas dos publicaciones y las obras inmediatas, escritas en lengua francesa durante su estancia en París, debido a que este rasgo delimita tres grandes etapas en su escritura, las cuales describen una progresión en el sentimiento de extrañeza del exiliado: a) un movimiento cuasi científico-descriptivo, donde el autor intenta desde su sistema y con sus propios medios, distinguir al otro; b) la reminiscencia de la raíz, donde descubre signos de sí mismo en la cultura anfitriona y; c) una etapa integrativa en la cual su individualidad logra comunicarse con los otros y construye un discurso intercultural. En cierto sentido, escribir en una lengua ajena, es un comportamiento dialógico que altera identidades: la de quien escribe por contaminación y la imaginaria o representada por tratarse de una interpretación. En palabras de Chiellino:

El escritor que confía su creatividad a una lengua que no es su lengua materna, se encuentra ante la necesidad de construirse una identidad operativa en la lengua en la que quiere ser escritor. Para alcanzar [también] una identidad operativa de escritor, éste debe conectar dialógicamente las dos lenguas, la de su pasado y la de su presente. Si decide escribir en la lengua de su presente, deberá reconstruirle una prehistoria recurriendo a la memoria histórico-cultural de la lengua materna, pero sobre todo a aquello que se ha sedimentado en ella de su propia vida.<sup>20</sup>

<sup>20</sup> CHIELLINO citado por JESÚS ALACID GARCÍA. En: *La narrativa de Agustín Gómez-Arcos*, 2016, 24.

El séptimo texto de la antología plantea que la ciudad de México es un espacio donde convergen los tipos mexicanos más representativos: el indio que se traslada a ella para ofrecer sus productos "marchando ordinariamente por el empedrado; el rancharo[...] *caracoleando* su caballo en medio de la calle, y el lépero, satisfecho de su ciudadanía, codeándose en la acera con damas y caballeros.<sup>21</sup> En estas maneras de apropiarse de la calle, sólo el lépero se atiene a las fórmulas de civilidad, a pesar de su circunstancia marginal.<sup>22</sup>

El autor despeja el significado de la palabra *lépero*, utilizada de modo despectivo como un sinónimo de miserable, pero que, en realidad se refiere al "humilde obrero mexicano" distinto de la clase urbana europea. El *lépero*, *lepérito* o *pelado* se identifica por la simplicidad de su traje, compuesto sólo "de calzones y camisa y una *frazada* o abrigo de lana que lo envuelve como en un *plaid*". Según Quevedo y Zubieta, su comportamiento se define como "una risa estoica [al estilo] de Diógenes desde su tonel, con la diferencia de que [el *lépero*] no pediría a Alejandro que se hiciese a un lado para no privarle del sol, sino que se burlaría de él porque se lo

<sup>21</sup> ALACID GARCÍA, 2016, 216.

<sup>22</sup> Respecto a la descripción y análisis de la cultura mexicana como antecedente al texto de Quevedo y Zubieta pueden citarse la *Colección de documentos para la Historia de México* de Joaquín García Icazbalceta (1858, primer volumen y 1866, segundo volumen); *México y sus alrededores*, una compilación realizada de los extranjeros Decaen y Debray (1855). En estas contribuciones "se aprecian los pueblos, ciudades, gentes, costumbres y atuendos que constituyen a México, así como la belleza de algunos paisajes..." (Conrado Gilberto Cabrera, *La creación del imaginario del indio en la literatura mexicana del siglo XIX*, 2005, 206).

quitaba".<sup>23</sup> Según Quevedo y Zubieta, el ingenio leperesco, como sarcasmo e irreverencia respecto al discurso oficial, fue absorbido por las expresiones de la música popular, como dejan escuchar los "suspiros" de la valona michoacana, las adaptaciones nacionales de la malagueña y la guajira, además de la alegría de los jarabes, donde resuena a la par del zapateo, su danza típica.<sup>24</sup> Sin embargo, se trata de realizaciones de la lengua tan íntimamente comprometidas con la idiosincrasia nacional que resultan inaccesibles al ojo extranjero, por contraste con las formas poéticas tradicionales:

Difícil sería compilar en un cuadro armónico las mil piezas de esa especie de inmensa jacarandina mexicana que se enlaza con la historia del país, integra el carácter nacional, invade el diálogo familiar y se desparrama, a veces, en la literatura, en el libro, en el periódico; excrecencias del *caló* más picaresco que haya brotado en la lengua española, y que envuelve y se enreda a toda la vida social de México, semejante a esa vegetación viciosa de las lianas de América, prodigioso parásito que propaga sus festones por todos los árboles de un bosque. El escritor no acierta a recoger en las canteras, donde se hallan estratificados, esos pedruscos deformes que chispean el oro del ingenio, pero que llevan fuertemente adherida una capa de lodo que ensuciaría el papel. Se puede dar existencia literaria a los cantares españoles, salidos del seno de este pueblo dotado por los árabes, como ningún otro, de un gran sentimiento del metro y de la rima, y poseedor natural de la lengua castellana en su más limpia tersura; pero es difícil hacer lo mismo con ese

centón de coplillas irregulares, de motes, de dicharachos que componen el caudal de ingenio derrochado por el lépero.<sup>25</sup>

Por tanto, del rasgo leperesco en la cultura deviene el proceder natural del mexicano ante lo extranjero, es decir, el modo de hacer escarnio de lo diferente cuando esto pretende imponer dominio. De entre los procesos históricos que manifiestan esta actitud, Quevedo y Zubieta recuerda las acciones emprendidas por el pueblo contra el dominio de Maximiliano en el territorio nacional. Refiere a una "lista de pensamientos epigramáticos contra el ejército invasor y la corte extranjera" que se esparció rápidamente por todo el país: "brotaba del fandango del barrio, al borde del mostrador de la pulquería, entre los frescos de sus muros poblados de Silenos y bacantes que bailan en campos cerrados por horizontes de magueyes", también se compartía oralmente por las calles y las plazas, "subía al periodiquillo chocarrero, entraba con él en los hogares".<sup>26</sup>

Aunque es difícil para el autor fijar con certeza una fecha a esta burla anónima, advierte cierto paralelismo entre el declive de la campaña de Maximiliano en México y la actitud "igualada" del lépero. Al principio del conflicto cierto prestigio asociado a las victorias de los franceses opacaba la moral de los mexicanos; sin embargo, observa que en la década de 1860, la desventaja empezó a disiparse por el "impulso de uno de esos chistes":

<sup>23</sup> QUEVEDO Y ZUBIETA, 1888, 224.

<sup>24</sup> QUEVEDO Y ZUBIETA, 1888, 224.

<sup>25</sup> QUEVEDO Y ZUBIETA, 1888, 229-230.

<sup>26</sup> QUEVEDO Y ZUBIETA, 1888, 227.

Sucedió lo que ya otro ha referido, que en lugar de una refriega quedaban tendidas sobre el campo algunas parejas de muertos, compuestas de un soldado francés y otro mexicano atravesados mutuamente por la bayoneta del contrario. Hasta aquí no había más que uno de tantos azares de combate; pero el día en que la filosofía leperusca exclamó: "¡miren qué *mancuernitas!*", desde ese día el pueblo tuvo una palabra, especie de fórmula alegre con que establecer en su espíritu confianza en la igualdad de sus soldados con los extranjeros.<sup>27</sup>

Quevedo y Zubieta ve en el discurso del *lépero* un factor decisivo dentro de los procesos sociales, aspecto que caracteriza a la historia de México y, desde su perspectiva, integra la historia de las vidas cotidianas a la historia de las grandes instituciones. Aunado a ello, el autor observa que en ocasiones lo leperesco rebasa a un solo tipo de sujeto, deja de ser rasgo de algunos individuos y surge como actitud general del mexicano frente a las pretensiones colonizadoras de los extranjeros.

## Conclusiones

Lo expuesto es parte de una investigación mayor en la que el tema de lo urbano se ciñe al análisis de los ciclos narrativos del autor. En dichas obras la espacialidad se muestra en tres instancias: como *escenario* (categoría estática); como *influencia* (el ambiente y la geografía determinan a los personajes) y, como *realidad textual*, cuando lo más importante no es el territorio sino las significaciones asociadas a su interpreta-

ción. De tal suerte, las ciudades resultan lugares de tránsito en donde personajes migrantes, ya sea por desplazamientos internos (del campo a la ciudad) o viajes a Europa, experimentan una crisis identitaria producto de los procesos históricos. Como atributo distintivo de la poética del autor, al inicio de los relatos la ciudad es un fetiche congelado en el tiempo, descrita a través de la memoria de sujetos ausentes, o bien, un compendio de *clichés* del cosmopolitismo del siglo XIX en la mirada de quienes habitan en la periferia, pero a medida que los personajes se integran a sus calles, ésta se convierte en símbolo de crisis con edificios de múltiples estilos, aún por construir, en medio de la ruina provocada por los conflictos armados. Para glosar a Quevedo y Zubieta, una metáfora del paradójico carácter del mexicano "que permite matar y morir riendo".

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

### Fuentes

**Alacid García, Jesús.**

*La narrativa de Agustín Gómez-Arcos: interculturalidad y memoria.* Almería: Universidad de Almería, 2016.

**Azuela, Alicia.**

"El Palacio de Bellas Artes: dos épocas, dos proyectos de nación". *1910: México entre dos épocas.* México: El Colegio de México, 2014, 242-259.

<sup>27</sup> QUEVEDO Y ZUBIETA, 1888, 228-229.

**Barthes, Roland.**

"La cocina del sentido", *La aventura semiológica*. Barcelona: Paidós, 1993, 223-226.

**Cabrera, Conrado Gilberto.**

*La creación del imaginario del indio en la literatura mexicana del siglo XIX*. Puebla: BUAP, 2005.

**Castro Lee, Cecilia.**

*En torno a la violencia en Colombia: una propuesta interdisciplinaria*. Cali: Universidad del Valle, 2005.

**Cuvardic Garcia, Dorde.**

*El flâneur en las prácticas culturales: el costumbrismo y el modernismo*. Saint-Denis: Publibook, 2012.

**De Certeau, Michel.**

"Andar en la ciudad". *Bifurcaciones*.7, Julio 2008, 1-17.

**Fernández, Cristina Beatriz.**

"El espacio urbano europeo y la escritura de dos latinoamericanos 'modernos': la ciudad de Roma en las crónicas de Justo Sierra y José Ingenieros". *La plata*. 27-30 (abril 2010), 1-7. Disponible en <http://ixcah.fahce.unlp.edu.ar> [consultado en octubre de 2016]

**Fuentes, Carlos.**

*La nueva novela hispanoamericana*. México: Joaquín Mortiz, 1969.

**Lévi-Strauss, Claude.**

*Tristes trópicos*. Barcelona: Paidós, 2006

**Margulis, Mario.**

"La ciudad y sus signos". *Estudios sociológicos*. 60, septiembre-diciembre 2002, 515-536.

**Martínez Martín, Jaime J.**

"Una visión tragicómica de la Revolución: *En tierra de sangre y broma* de Salvador Quevedo y Zubieta". *Narrativa de la Revolución mexicana: realidad histórica y ficción*. Madrid: Verbum, 2011, 105-120.

**Olea Franco, Rafael.**

"La novela de la Revolución Mexicana: una propuesta de relectura". *Nueva Revista de Filología Hispánica*.60, julio-diciembre 2012, 479-514.

**Prieto, Guillermo.**

"Fases del centro de México. Domingo por la mañana". *El Álbum Mexicano*. 2 (1849), 192-194.

**Quevedo y Zubieta, Salvador.**

\_\_*Manuel González y su gobierno en México. Anticipo de la historia*. México: Establecimiento Tip. en Montealegre, 1885.

\_\_*Un año en Londres. Notas al vuelo*. Paris: Bouret, 1885.

\_\_"Cecilia". *Récits Mexicains*. Albert Savine, Nouvelle Librairie Parisienne, Paris 1888, 1-84.

\_\_*Recuerdos de un emigrado*. Paris: Bouret, 1888.

\_\_*L'étudiante, notes d'un carabin*. Paris:  
C. Marpon et E. Flammarion édi-  
teurs, 1888.

\_\_*En tierra de sangre y broma*. México:  
G. Sisniega y Hn. editores, 1921.

**Quirarte, Vicente.**

*Elogio de la calle: biografía literaria de la  
ciudad de México, 1850-1992*. México:  
Cal y Arena, 2001.

**Ramos, Raymundo.**

"Prólogo" a *Tres novelas de Mariano  
Azuela: La Malhora, El desquite, La  
luciérnaga*. México: FCE, 1992.

**Taine, Hipólito.**

*Historia de la literatura inglesa*.  
Madrid: La España Moderna, 1900.

**Vidaurre, Carmen.**

"Las propuestas narrativas de  
Salvador Quevedo y Zubieta".  
*Propuestas narrativas jaliscienses.  
Primera mitad del siglo XX*. Guadalajara:  
Secretaría de Cultura de Jalisco, 2014,  
15-86.